

a mí, que soy un artesano, una medianía, para abrir este curso. Han querido tener esa generosidad, acordándose de sus orígenes, de la tradición de estas sociedades para alentar el esfuerzo individual sin desaliento, y la conservación de actividades artesanas tradicionales. Y ahora también comprenderéis todos que yo conozco perfectamente cuáles son los únicos títulos que tengo para ocupar hoy vuestra atención.



Las efemérides murcianas que recogió en 1924 don Ramón Blanco y Rojo, no registran ningún suceso de relieve en nuestra historia local, durante los meses finales del verano e iniciales del otoño en el año 1759. Sin embargo, por aquellas fechas, hace ahora exactamente doscientos años, expresó Murcia su sentimiento y dolor por la muerte de don Fernando VI, para pasar inmediatamente, con escasos días de intervalo, y por esa ley conservadora de monarquías elocuentemente plasmada en el dicho vulgar «a Rey muerto Rey puesto», a exteriorizar su regocijo y alegría por la exaltación al trono de las Españas del señor don Carlos III de Borbón, rey, a la sazón, de Nápoles.

Y esta efeméride es raro que pasase desapercibida para un analista murciano porque en el reinado que comenzó en aquellos días, y cuyo nacimiento se conmemoraba con algazaras populares, iba a presenciar nuestra ciudad el encumbramiento a los más altos puestos de la política de uno de sus hijos más preclaros, el Conde de Floridablanca, que nos dejó huellas perdurables de su paso por la gobernación del Estado, y cuya estatua adorna uno de nuestros más bellos jardines.

Aparte de este valor como hecho histórico, reflejado en los fastos murcianos, tenía también aquel suceso su importancia en relación con esta Casa. Durante el bastante largo reinado de Carlos III tiene su exteriorización, aquel movimiento, ya iniciado con anterioridad, y que está ahora siendo estudiado

